



NUM. 31. PRECIO DE LA SUSCRICION.—MADRID, por números sueltos á 2 rs.; tres meses 22 rs.; seis meses 42 rs.; un año 80 rs.

MADRID 2 DE AGOSTO DE 1863.

PROVINCIAS.—Tres meses 28 rs.; seis meses 50 rs. un año 96 rs.—CUBA, PUERTO-RICO Y ESTRANJERO, un año 7 pesos.—AMERICA Y ASIA, 10 á 15 pesos.

AÑO VII.

REVISTA DE LA SEMANA.



eva tiene algunas cosas notables y entre ellas un padre cura, no sabemos si con cargo de almas ó simple beneficiado, que posee en propiedad dos carruajes largos y estrechos, tirados cada uno por un caballo de las mismas condiciones de longitud y estrechez que los carruajes. En cada uno de ellos cabe una persona

del sexo masculino, siempre que no tenga muy desarrolladas las caderas; y como esta feliz circunstancia se encuentra en nosotros en grado eminente, habiendo sido informados, ó como diría el abate Casti

Essendoci talor giunto á l'orecchie
Per securi e veridici canali,

que el padre cura alquilaba los susodichos vehículos para pasear ó para pequeñas escursiones, nos decidimos á tomar uno de ellos. Deseábamos hacer una visita al interior de Guipúzcoa, y anunciándolo así en el portal del padre cura, bajó su reverencia, y delante del carruaje elegido hicimos el ajuste. Aquí diremos de paso que no es mal pie de altar el que tiene este beneficiado con sus dos carruajes.

En la misma tarde salimos de Deva para los baños de Alzola. El establecimiento de Alzola está situado á orillas de un riachuelo recogido entre las faldas de dos montes elevados. El sol se detiene cada día un par de horas á ver á los bañistas asomándose á la cima de uno de los montes, y despues desaparece por la del otro hasta el día siguiente. El establecimiento cuando llegamos estaba lleno: no entramos en él: sus habitantes se quejaban del mal servicio y envidiaban á los afortunados mortales que habian logrado encontrar hospedaje en casa de un don Pedro, cuya fama, ya muy extendida, sospechamos que será pronto universal. No pudi-

mos gozar de la hospitalidad de don Pedro porque tampoco habia local en su paraiso, y pasamos á dormir á Vergara. En Vergara se hizo el célebre convenio de 1839 entre el ejército liberal y el carlista. Visitamos el campo á la luz del crepúsculo, y evocamos las sombras de los montes de la guerra civil. Apareciéosenos una multitud inmensa de espectros, cada uno cargado con su esqueleto. Saludáronnos en silencio, y con sus esqueletos respectivos se pusieron á construir una gran columna cuya parte superior se perdió en breve entre las nubes. Trajeron despues cuatro tablas, las forraron con un pedazo de terciopelo encarnado y las izaron sobre la columna. —¿Qué significa esto? preguntamos á la sombra de un amigo nuestro muerto en la accion de Ramales pocos días antes del convenio. —Significa, nos dijo, lo que ves, que esas tablas están sostenidas por esa columna. —¿Nada mas?—Nada mas. —Pues no lo entiendo. —No tengo yo la culpa de que seas tan torpe. —¿Y para sostener cuatro ligeras tablas habeis formado una columna tan alta de huesos?—No; nosotros dimos nuestros huesos para sostener mucho mas: vosotros los que nos habeis sobrevivido sois los que no habeis querido poner ahí mas que cuatro tablas. Dicho esto, la sombra de nuestro amigo desapareció con los demás: la columna empezó á disminuir en altura y á crecer en diámetro, hasta que llegando á presentar una circunferencia inmensa, vinieron á quedar las tablas al nivel de nuestros ojos en medio de una dilatada plataforma. Entonces, sobre aquellas tablas se nos apareció la figura de un hombre rubio cubierta la cabeza con una boina descomunal, por debajo de la cual brillaban dos ojos grises divididos por una enorme nariz. En la punta de aquella nariz tenia apoyado el dedo pulgar de la mano izquierda, estendida hácia nosotros, y en el dedo pequeño de la misma mano apoyaba el pulgar de la derecha, mirándonos con expresion burlesca, mientras su boca se dilataba hasta servir de presilla á las orejas. —Vámonos de aquí, dijimos á nuestro guia, porque la broma comienza á ser pesada.

Al día siguiente vimos el seminario, vasto y sólido establecimiento de donde han salido en otro tiempo jóvenes muy aprovechados. En el día sostiene su reputacion; mas no parece destinado á aumentarla. Gran parte de los alumnos estaban en vacaciones: los que vimos tenian un uniforme muy parecido al de los inválidos de Atocha y que no hace honor á los sastres del país.

Hecha esta visita hubiéramos querido hacer la de un escritor original que se ha propuesto demostrar por

medio de concordancias etimológicas que el vascuence es la lengua que hablaron Adán y Eva, y por consiguiente la madre de todas las que existen en la superficie del globo. Segun este escritor *Lutecia parisiiorum* viene de *Lutua ibarreta* lugar fangoso por donde corre un rio, y *soirée de suarrena* reuniones de los cántabros al rededor del fuego. A este tenor no hay lengua que no reduzca al vascuence llegando hasta citar las palabras vascongadas que pronunció Eva cuando se sintió embarazada de Cain. Pero á la sazón ignorábamos la existencia de estas originales publicaciones que nos fue comunicada despues por una persona muy competente. Nuestro pensamiento era ir á Loyola, donde esperábamos hallar tesoros de literatura vascongada recogidos por los jesuitas.

Antes de ver á Loyola teníamos sin embargo que cumplir una deuda de gratitud, la de saludar á una familia que en 1838 durante la guerra civil y hallándonos prisioneros, en el depósito de Lazcano, ejerció con nosotros la santa virtud de la hospitalidad, asistiéndonos en nuestras enfermedades y aliviando nuestras aflicciones y miserias. Con este objeto encaminamos hácia aquel pueblo los tardos pasos del rocinante que arastraba el estrecho vehículo del presbítero de Deva. Lazcano, Ataun, Zaldivia, eran los pueblos donde el ejército carlista de Guipúzcoa tenia sus prisioneros y han variado muy poco en sus edificios desde la época de la guerra. Las casas han envejecido pero se han jabelgado por fuera: solo dos en Lazcano conservan un aspecto de antigüedad venerable y son precisamente aquellas de que nosotros tenemos mas recuerdos, ya tristísimos y amargos, ya consoladores. La familia que buscábamos se hallaba establecida parte en Lazcano, parte en Beasain, y á este último punto fuimos á pasar la noche y el día siguiente.

La relacion de nuestras emociones particulares no interesa al lector. Le hablaremos por consiguiente de otro asunto para él mas importante, á saber, de la próxima inauguracion del trozo de ferro-carril entre Beasain y San Sebastian. Las obras hechas para unir estos dos puntos son colosales: hay sobre todo un magnífico puente de grande atrevimiento en su construccion, y un túnel que atraviesa el puerto de San Adrian y que tiene tres kilómetros de largo. Una parte del terreno por donde pasa esta via férrea es bastante falso y en el país se sospecha que la conservacion de este camino ha de ser costosísima asi como lo es la construccion. Créese que se habria encontrado terreno mas firme y hubieran

sido menores los obstáculos llevando el camino entre Ataun y Lazcano en vez de llevarlo por Beasain. De todos modos el valle de Beasain es indudablemente el más á propósito que pudiera elegirse para una estación importante por la estension que en él se pueden dar á las obras. Terminado este trozo, ya no quedan por construir sino las cuatro leguas que median entre Beasain y Olozagoitia para que pueda irse directamente en ferro-caril de Madrid á San Sebastian. Estas cuatro leguas costarán probablemente año y medio de trabajo, y entonces las cuatro capitales de las Vascongadas y Navarra estarán cada una á catorce ó quince horas de la corte.

Vimos tambien en Beasain, aunque sin entrar en ella, la casa en que Zumalacarregui estableció sus baterías para sitiár á Villafranca cuyos edificios sobresalen á menos de tiro de cañon. La pequeña guarnicion de Villafranca se sostuvo heroicamente rechazando siete asaltos consecutivos del general carlista, hasta que la desastrosa retirada de descarga vino á introducir el desaliento en los sitiados. Mas lejos y entre dos montes se encuentra un pequeño caserío donde parece que vivió uno de los mártires del Japon que acaban de ser canonizados. Llamábase Martin de la Ascension, y á juzgar por un cuadro que existe en la iglesia de Beasain, fue crucificado con sus hábitos de fraile en medio de dos alumnos suyos que vestían ya tambien el mismo hábito.

Dos pueblos se disputan el honor de haber visto nacer al padre Martin de la Ascension, y se gasta cada uno buenos pesos duros en el pleito que se sigue y que fallará en última instancia el tribunal de Ritos de Roma. Estos dos pueblos son Beasain y Vergara: cada uno de ellos presenta pruebas, exhibe documentos, registra archivos, satisface dietas y honorarios, y acude á Roma para que se declare hijo suyo á San Martin de la Ascension. Por de pronto, los de Beasain han alcanzado un breve para que se diga misa en un oratorio dispuesto en el caserío de que acabamos de hablar.

Segun los informes que sobre este asunto hemos recogido, hubo dos Martines, ambos alumnos del colegio de Vergara, y luego estudiantes en Alcalá, que se conocieron con el nombre de fray Martin de la Ascension: el uno se llamaba Martin de Aguirre y el otro Martin de Loinaz; el primero era natural de Vergara, el segundo de Beasain. ¿Cuál de ellos fue el mártir? De las actas consta que se llamaba Martin de la Ascension; pero nada más, y la Congregacion romana de Ritos es la que va ahora á decidir en dónde nació el que murió en el Japon. Entre tanto cada pueblo lleva gastados algunos miles en dilucidar este punto; y cuanto mas se gasta mas se va poniendo en claro, de modo que al fin creemos que se llegará á obtener la evidencia, visto que ni uno ni otro pueblo se arredra por el coste de las averiguaciones.

Después de Beasain hemos visitado á Azpeitia, Loyola, Arechavaleta, Mondragon y Oñate, volviendo de nuevo por Vitoria á Madrid; pero dejamos para la revista próxima la relacion de este viaje.

Por lo demás, poco tenemos que comunicar á nuestros lectores respecto de novedades generales. La corte sigue en San Ildefonso; los franceses en Méjico poco satisfechos del entusiasmo mejicano; la Polonia sacrificada por las grandes potencias; los gobiernos europeos dejándola morir y cubriéndose de oprobio; la Italia inmóvil; Roma y Venecia como se estaban; Grecia llena de partidas insurgentes. En cambio la Inglaterra, ya que no auxilia á los polacos, contribuye á establecer un gobierno constitucional en Madagascar bajo el cetro benigno del rey de los Howas, el ilustre Rakotond Ramata III. ¡Oh, la Inglaterra ha llevado siempre muy alta la bandera de la libertad.... para Madagascar!

Por esta revista y la parte no firmada de este número,

NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

LA ACCION GEOLÓGICA DEL AGUA.

II.

Lo que hemos dicho en el artículo anterior basta para conocer el origen de las fuentes; examinemos ahora el curso general del agua.

Las fuentes forman arroyos, los arroyos rios y los rios torrentes. Si hemos visto ya el efecto químico del agua disolviendo ciertas materias y depositándolas en otros puntos, en su curso sobre la superficie de la tierra la veremos obrar de un modo mas mecánico, destruyendo, arrastrando y depositando otra vez algunas materias. No necesitamos repetir, por ser cosa ya sabida, cómo los arroyos de las montañas arrancan partes de sus orillas, y cómo éstas, arrastradas para formar capas, son conducidas á grandes distancias, cómo hacen nuevos cauces la arena y el fango, y cómo las corrientes engrosadas por la lluvia, por el deshielo y por otras causas llevan constantemente ciertos cuerpos duros.

Si en la realidad no solo los cauces de los rios sino tambien los valles, son los resultados de las alteraciones producidas por el agua, esta cuestion, que todavía no se ha resuelto del todo, es muy interesante para el geólogo que debe tratar de penetrarla.

No hay duda alguna de que existen aun en el día valles surcados por rios y arroyos que antes no tenían, ó que en todo caso eran mas pequeños. El agua obra en estos casos desde la entrada del valle hácia la fuente ó nacimiento del rio; por lo tanto, el corte del valle se forma de abajo hácia arriba. Trataremos de demostrar esta formacion de los valles por medio de algun ejemplo tomado de la realidad.

J Kohl, en una obra acerca de la Rusia meridional, describe de una manera muy instructiva, cómo en las estepas se forman siempre por la lluvia, barrancos que los pequeños rusos llaman *wuipolotsch*, y los grandes rusos *ruituina*; estos barrancos llegan á tener á veces media milla de largo y de 100 á 150 pies de profundidad.

Estos barrancos de lluvia se forman en todas las estepas de Rusia, en aquellos puntos en que al borde de una pendiente rápida, el agua llovediza corre siempre por el mismo paraje, pero nunca se forman bajo un pequeño ángulo en los declives ya antiguos del suelo. Donde la pendiente es muy violenta y el agua llovediza es llevada á una profundidad hecha por la naturaleza ó por la mano del hombre, ó á un camino ya algo abierto en su márgen, el agua se precipita con impetu privando á la tierra de todo su verdor y deshaciéndola mas á medida que va pasando. Esta especie de pozos deben considerarse como cascadas que están en sentido inverso á las que hay sobre la tierra; pero naturalmente no pueden tener una profundidad mayor que la altura de la pendiente en que se hallan.

Estos pozos no se forman en terrenos llanos ó que tienen un declive suave; es muy posible, sin embargo, que si empiezan en la pendiente vayan luego á gran distancia por la llanura; á veces se encuentran sus estrechidades en llanos, lejos de toda pendiente, y allí es donde, como sucede en muchos puntos de la Rusia meridional, oponen un peligroso obstáculo al comercio de los hombres. Como en general es imposible que ni aun el caminante mas intrépido pueda atravesarlos por ninguna parte, embarazan al comercio impidiendo el paso en la direccion en que se encuentran.

Al lado de estos grandes pozos ó barrancos, hay otras varias cavidades menores que terminan en ellos; no han sido formadas por ningun barranco porque no han nacido en ninguna pendiente; pero como el gran barranco principal va estendiéndose hácia ellas y las da una pendiente rápida, empieza aquí ahora una nueva formacion de barrancos. A los lados del barranco mas grande se forman innumerables aberturas, y á veces tambien pozos considerables. De este modo el suelo se abre en grandes grietas formando pequeñas eminencias, crestas y lenguas de tierra que tienen á ambos lados precipicios escabrosos. En el invierno la boca del barranco está guarnecida de cristales de hielo de diferentes formas. A veces se forma un puente de hielo desde un lado á otro, y una engañosa capa de nieve se estiende sobre todo el barranco; esta nieve cede al paso del trineo estraviado que tiene la desgracia de pasar por allí, y los infelices seres que van dentro de él quedan sepultados en su profundidad en los dolores y las angustias de la muerte. En la primavera se precipitan arroyos en estos barrancos, y por su profundidad corre un rio de cieno; pero son aun mas perjudiciales cuando se hallan en las cercanías de alguna ciudad, porque entonces sirven de cloacas y en ellos arrojan las reses muertas y todas las inmundicias.

La formacion de los valles de la Rusia meridional, es muy semejante por su naturaleza á la de los de la catarata del Niágara, formacion que Lyell ha descrito de un modo tan brillante.

De lo que hemos dicho se deduce que el agua corriente basta por sí sola para formar valles, pero de ningun modo hay que considerarlos como producidos únicamente por la filtracion de las aguas. Por el contrario, lo que hemos dicho no se refiere mas que á una clase particular de valles que están abiertos en el suelo de las llanuras que se hallan elevadas sobre el terreno ó el mar próximo, al paso que en los países montañosos se encuentran valles de una naturaleza completamente distinta, los cuales están rodeados de montes de altura muy diferente que llega á ser de algunos millares de pies, y cuya profundidad, anchura y direccion, no tiene en general ninguna relacion con el agua que corre por allí, de manera que es imposible que ésta los haya formado sola, á lo menos tal como se la ve en la actualidad.

La cadena de los Alpes nos suministra los ejemplos mas notables de valles de esta clase, que se encuentran, aunque en pequeña escala, en todos los montes; se puede decir que la mayor parte de los valles de las montañas pertenecen á esta clase.

Algunos valles de los Alpes tienen un carácter completamente igual al de los *fjords* ó pequeñas bahías, y parecen pertenecer á la época en que solo los puntos culminantes de esta cadena de montañas se elevaban sobre el nivel del mar. Otros valles de los Alpes presentan un carácter distinto; pero la formacion de los valles en general, es todavía en varios conceptos para la geología un problema cuya solucion no es de nuestro propósito tratar de investigar ahora.

Lo que el agua arranca de un punto lo deposita en otro como hemos dicho ya. Sabemos que los lagos atra-

vesados por rios se van llenando poco á poco de estos sedimentos, y que los rios, delante de su desembocadura en el mar, forman deltas, bancos de arena y grandes depósitos, cuando las corrientes de éste no lo impiden; por lo tanto no haremos mas que tocar ligeramente estas materias.

La cantidad de arena y de fango que llevan los rios es muy desigual; el Rhin entra turbio en el lago de Constanza y sale de él ya cristalino; toda la arena y el fango que llevaba consigo queda en la cuenca del lago; pero los rios que se comunican con él le llevan tantas partes terrosas que la cantidad de las mismas cerca de Bona y de Colonia asciende en general á $\frac{1}{100}$ de su masa de agua.

El delta que el Ganges ha ido formando sucesivamente en su desembocadura primitiva tiene un diámetro de 40 millas y el suelo de aluvion que hay al lado del Mississippi en su parte inferior y que está formado nuevamente por el rio, se calcula en 14,000 millas inglesas cuadradas y en el Missouri en la parte superior de la desembocadura del Ohio, llega hasta 16,000 con un espesor de 528 pies.

Segun un cálculo aproximado este rio acarrea anualmente unos 3,702.738,000 pies cúbicos lo cual indica que para llegar á estar como en la actualidad se ha necesitado un espacio de 67,000 años.

Estas dos cifras bastan para dar una idea aproximada de los efectos del agua con respecto de esto, al paso que una gran parte de los que están bajo la superficie del mar se escapan á nuestras observaciones.

Examinemos ahora aunque ligeramente al mismo mar, á ese inmenso punto de reunion de todas las aguas de la tierra. No conocemos mas que su estension horizontal; sus mayores profundidades nos son desconocidas, pues en un punto del Océano Atlántico no se ha encontrado el fondo ni aun á los 27,600 pies y la sonda no ha penetrado jamás á mayor profundidad.

Esta inmensa masa de agua no está tranquila sino que se halla agitada por el flujo y el reflujo (á consecuencia de la atraccion del sol y de la luna) por las constantes y variadas corrientes que semejantes á rios caudalosos corren por entre espacios del mar proporcionalmente mas tranquilos, y por la influencia de los vientos. Estos movimientos se sienten de la manera mas violenta y mas destructora en la costa. De aquí proviene el que en muchos puntos, las costas están destrozadas por el mar y que la mayor ó menor resistencia que oponen, como tambien la mayor ó menor dureza de la piedra de que están formadas, haga que sean destruidas mas ó menos pronto. En algunos puntos deposita el mar arena y conchas en las costas aumentando de este modo su estension, pero poco á poco va gastando la tierra. Donde las piedras de la costa son muy duras, como por ejemplo, de granito, el efecto destructor del agua no es perceptible para el espacio de tiempo que abarca la observacion del hombre, pero donde las piedras son blandas es sumamente perceptible y hay islas enteras que se advierte cómo se van deshaciendo como sucede con la de Helgoland y la de Schepey.

Las corrientes constantes del mar tal vez irán haciendo en su fondo surcos, que sucesivamente tomarán forma de valles; pero aunque esto se verifique así no está al alcance de nuestras observaciones.

Todas las partes firmes que los rios llevan al mar, que el mar mismo arranca y que son concentradas por los animales marinos en sus conchas calcáreas, van á depositarse en el fondo del mismo ó en sus costas. Solo en este último caso observamos á veces este acontecimiento, pero es completamente indudable que la gran cantidad del material se amontona en capas de piedras en sus profundidades y regiones inaccesibles para nosotros y que son semejantes á las que conocemos como formaciones por capas de los primeros períodos sedimentarios y que se han elevado recientemente por la actividad volcánica.

El agua del mar contiene disueltas químicamente pequeñas cantidades de ciertas sales y de otras partes constitutivas minerales. En general estas no caen al suelo con las partículas firmes llevadas allí de un modo mecánico. Escepcionalmente sucede que por circunstancias especiales, pero todavía desconocidas, en el agua del mar domina tambien la sustancia llamada *chlornatrium*.

Sin embargo, sigamos el curso general del agua. En la superficie del mar que cubre las dos terceras partes de la tierra, se verifica constantemente una evaporacion del agua mayor á menor, segun la temperatura y el movimiento del aire. Por medio de esta evaporacion se eleva una gran cantidad de agua del mar dejando en la atmósfera la sal que contiene; las cantidades de agua que se elevan por la evaporacion que hay en la superficie terrestre son mucho menores. Bajo ciertas condiciones de temperatura estos vapores del agua que se hallan en la atmósfera y que se mueven en ella, forman nubes, de las cuales vuelve á caer el agua á la tierra ó al mar en forma de lluvia, de nieve, etc., etc. De lo que cae en la tierra, una parte se vuelve á evaporar, otra corre por la superficie á los rios ó arroyos próximos y otra penetra mas en el interior y forma las fuentes como ya hemos visto.

La caída inmediata del agua atmosférica produce un efecto geológico de alguna importancia; las partes este-

riores de la superficie terrestre se gastan en parte tanto química como mecánicamente; esto en un caso aislado no tendría importancia ninguna, pero su repetición constante produce á veces resultados muy notables en ciertas circunstancias.

Sabemos por la geología que cuando nuestro globo se hallaba en su estado de fluidez ardiente no podía existir agua alguna. Despues de la formacion de una fuerte corteza terrestre y hasta que el enfriamiento del globo llegó á un cierto grado, el oxígeno y el hidrógeno se unian en la superficie de la tierra para formar el agua. Este punto es sum mente importante en la historia del desarrollo del cuerpo terrestre; desde entonces empiezan en su superficie las alteraciones y las formaciones de capas por el agua, que continúan aun sin cesar; desde entonces es posible la existencia de los seres orgánicos que habitan en nuestro globo, porque todos ellos necesitan el agua y las condiciones de temperatura que corresponden á ésta.

Dos clases de actividad, de constantes alteraciones empezaron al presentarse el agua en el globo y estas dos clases han sido la causa principal de la configuración y del embellecimiento de la superficie terrestre; sin ríos, sin lagos y sin fuentes, sin plantas y sin animales, la tierra no sería á la vista del hombre mas que un desierto estéril é inanimado, tal como debemos suponer que es la luna.

La division del agua en la tierra no ha sido asi desde un principio. Aparte del cambio constante, de la division local que en cierto modo se verifica aun en el dia, debemos suponer que en un principio las desigualdades de la superficie terrestre eran mucho menores; que durante mucho tiempo quizá estuvo cubierto de mar todo aquello en donde despues aparecieron poco á poco islas, grandes continentes y altas cadenas de montañas, porque en realidad debemos considerar las desigualdades actuales de la superficie, la division de las aguas, de las tierras y de las montañas solo como la suma de muchos acontecimientos geológicos, de muchas elevaciones, hundimientos, aluviones etc., etc., que se han verificado unos tras otros en inmensos espacios de tiempo.

A.

LA BATALLA DE BAILEN.

— Y qué triunfaron?
— Dios no les quiso ayudar.
El alma les arrancaron.
Como espigas se troncharon
Cuándo silba el huracán.
VENTURA RUIZ AGUILERA.

I.

El viajero que en alas de la curiosidad y del entusiasmo se ponga en marcha para visitar el para siempre célebre campo de batalla de Bailen, encontrará en la carretera de nuestra hermosa Andalucía, y á 48 leguas de Madrid, la humilde villa que le cupo en suerte la inolvidable gloria de ser la primera poblacion que vió abatidas las hasta entonces invencibles águilas del imperio.

Colocada al otro lado de Sierra Morena, en un plano inclinado, y cercada por el Noroeste y Suroeste de altos y desnudos cerros, hállase por los otros de llanuras solitarias con algunos molinos de aceite y la tan sangrientamente disputada ermita de San Cristóbal. Distante 6 leguas de Jaen, capital de su provincia, 4 de la Carolina, cabeza de su partido judicial, y 18 1/2 de Córdoba, cuenta con una poblacion de 1,320 vecinos y 5,000 habitantes esta antigua poblacion que conserva restos de la dominacion romana.

En vano en sus silenciosos campos buscará el extranjero, con su atónita mirada, una columna, una señal que le indique que allí fueron vencidos los guerreros que habian paseado sus banderas victoriosas del Eúfrates al Rhin, y del Tíber hasta el Niémen. Semejante olvido harále ver la sublime y gloriosa indiferencia española para con sus prodigios de valor y sus portentosas hazañas. El nombre de Bailen pasará á la posteridad unido con los de las mas gloriosas batallas que cuenta la historia en sus anales, y se halla grabado en el corazon de todos los que estimen en algo la independencia y la gloria. Allí la Providencia detuvo con su poderoso aliento á los vencedores de Europa, y les dijo: «Alto ya, aquí seréis vencidos, ya habeis cumplido la mision de despertar al mundo, y aquí quiero dar á los españoles la gloria de que sea el lugar del principio de la decadencia del imperio francés.» Y así fue: el viento de Bailen hizo flotar las banderas de los pueblos oprimidos y amenazados, y las crines de los caballos de los cosacos y de los kalmukos, y la Europa se pone en movimiento para hundir al opresor de las naciones.

II.

Conquistadas unas potencias, humilladas y amenazadas otras, Napoleón trató de apoderarse de la fértil y hermosa España para dársela á uno de sus hermanos. Aquel hombre, no dando oídos á la historia ni á la prudencia, pone por obra su plan, valiéndose de viles in-

trigas, y con el pretexto de arrojar á los ingleses de Portugal, hace atravesar el Pirineo y el Vidasoa, á fines de 1807, por sus terribles y poderosos ejércitos, y estos se apoderan por traicion de las principales plazas fuertes, entre ellas Pamplona, Figueras y Barcelona.

El sanguinario Murat, cuñado de Napoleón, fue por éste promovido á general en jefe de los ejércitos de la península, entrando el 23 de marzo de 1808 en Madrid, teniendo bajo su mando inmediato la fuerza de 25,000 hombres.

Habiendo exasperado Murat al pueblo de Madrid, y levantándose éste el 2 de mayo, arrojó su máscara de aliado para convertirse en fiero conquistador. España se prepara á la resistencia, y Napoleón entonces, 6 de junio de 1808, decreta abolida la casa de Borbon en España, y da el reino de ésta y de sus Indias á su hermano mayor, con el título de José Napoleón I, á quien los españoles llamaron con desprecio y burla *el tío Pepe Botellas*. Aquel fiero conquistador no contó con la constancia de los valerosos hijos de esta indómita nacion.

Murat, creyendo ser muy fácil, teniendo en poco á los españoles, la conquista de la Andalucía, ordena á Dupont, general que se hallaba en Toledo, se pusiese en marcha nada menos que para tomar á Cádiz con 10,000 hombres, y este orgulloso caudillo escribe al ministro de la Guerra determinando el dia de la entrada, en aquella siempre libre ciudad que no habian nunca de pisar ni hacer flotar en sus murallas la bandera tricolor.

Habiendo salido de Toledo el 24 de mayo, despues de ocupar varios puntos y dar descanso á sus tropas, llegó el 7 de junio al puente de Alcolea, defendido por 3,000 hombres, la mayor parte paisanos y 12 piezas de artillería, al mando de don Pedro Echevarri, y el intrépido Lasala. Aquella defensa fue obstinada, y cumplió ya con el honor, y abrumados por fuerzas superiores y aguerridas, abandonaron aquel disputado punto para unirse con los valientes que habian de hacer rendir las armas á sus enemigos en los campos de Bailen.

En la tarde del mismo dia, y su hora de las tres, se presenta el ejército francés delante de Córdoba, y mientras se conferenciaba la capitulacion, se arrojaron sobre aquella rica ciudad y la saquearon horriblemente, degollaron hasta los ancianos y los niños que pudieron haber á las manos, y cometieron estupros y violencias hasta en las mismas iglesias. Ejecutaron atrocidades que la pluma se resiste á estampar, y muestran á la civilizacion lo que eran aquellos salvajes.

Dupont, á pesar de su inícuca victoria, no la tenia todas consigo, viendo levantarse por todas partes los paisanos, cogerle sus convoyes y derrotarle y aprisionarle destacamentos como sucedió en Andújar y en Santa Cruz de Mudela.

Los dispersos de estos encuentros se presentan en Valdepeñas, y son rechazados por los vecinos. Aquellos fieros manchegos fueron la causa de la rota de Bailen con su implacable constancia y valor, entreteniéndolo y ostigando una gran parte del ejército de Dupont. Reforzados vuelven otra vez á la pelea, y los soldados y caballos son hundidos en las zanjias abiertas, con hierros, clavos y cuerdas que habian dispuesto los vecinos de aquella villa, y fue tal la desesperacion con que pelearon unos y otros, que por no verse esterminados, convinieron en cesar la sangrienta y disputada lucha. Allí se degollaban como fieras, y los franceses comienzan á incendiar las casas, quedando muertos de estos mas de 100 hombres. Despues se retiraron á Madridejos.

Desesperado Dupont, salió de Córdoba, cargado de botín y de infamia, mandando parte de sus tropas á Jaen, las que cometieron los mismos horrores y atrocidades de Córdoba, y él con el grueso de su ejército se situó en Andújar, reforzado con varias tropas que le vinieron de otros puntos.

En la tarde del 20 de julio de 1808, al otro dia de la famosa batalla entró José en Madrid. Su edad entonces era de 40 años, bien parecido y de carácter bondadoso. Era hermano mayor de Napoleón, nacido como él en Córcega, y obligado por su hermano á dejar el trono de Nápoles para ocupar el de España, para el cual fue proclamado en Madrid el 25 de julio. Entre tanto se estaba decidiendo en los campos de Bailen la suerte de su reinado, y la caída de Napoleón.

III.

Situado Dupont en Andújar, la junta de Sevilla manda al general Castaños, que lo era en jefe del ejército, y que tenia su cuartel general en Utrera, que le ataque, y este invicto caudillo combina con los demás generales el dia 11 el plan que pudiera dar mejores resultados. Aquel improvisado ejército se componia de 25,000 infantes y 2,000 caballos, siendo la tercera parte soldados y el resto paisanos, que en alas de su patriotismo se habian presentado á derramar su sangre por la independencia de su patria. Aquellas fuerzas se hallaban divididas en varias divisiones, siendo la primera mandada por don Teodoro Reding, la segunda por el marqués de Coupigny, y la tercera por don Félix Jones, la reserva por don Manuel de la Peña, y por separado varios destacamentos mandados por don Juan de la Cruz y don Pedro Valdecañas.

Castaños comienza á mover su ejército el dia 13, teniendo algunos encuentros el 15 con los franceses, que tambien acometieron á don Juan de la Cruz, el que se defendió con la mayor bravura, obligando á los franceses á retirarse.

Aquel caudillo sostuvo el 16 un fuerte cañoneo con el enemigo que tenia á su frente. Reding, entre tanto, atraviesa el Guadalquivir por Menjíbar, y allí ataca á una parte del ejército francés, obligándole á retirarse á Bailen. Sale en su socorro su general Gobert, y fue herido de un balazo en el mismo sitio llamado de «la Matanza» por haber sido ésta espantosa en la gloriosa batalla de las Navas, ganada á los moros el mismo dia del año 1212. ¡Gloriosa coincidencia! Aquel desgraciado y valiente caudillo, murió de su herida en la cercana poblacion de Guarroman el mismo dia en que se estaba dando la batalla en la que fueron derrotados sus compañeros Dupont y Vedel.

Reding, despues de su victoria, vuelve á repasar el rio, tratando de reunirse con Coupigny, y el 17 torna á atravesarle reuniéndose con aquel caudillo, los cuales entraron juntos en Bailen el dia 18.

Entre tanto Valdecañas sorprende en Linares un destacamento francés, y temiendo los vencidos en Menjíbar, que aquel jefe ocupase los pasos de la sierra se dirigen á Guarroman al mismo tiempo que avanzan á la Carolina y á Santa Elena, otras columnas al mando de Vedel.

Al oscurecer del dia 18 sale de Andújar Dupont, con la idea de no ser descubierto en su marcha y encamínase á Bailen, ignorando se hallaban tan cerca los españoles, y suponiéndole estos á sus vez que se encontraba en el punto de donde salió y donde Reding pensaba acometerle. Unos y otros se engañaron. Avistábase las avanzadas, oyense algunos tiros y comienza la pelea el dia 19 á las cuatro de la mañana.

La izquierda de los españoles, mandada por el marqués de Coupigny, es bravamente atacada por los franceses, con aquel ímpetu peculiar usado con gloria en sus admirables batallas; pero todo en vano: aquellos valientes, no solamente cedieron á la suerte y bravura de los españoles, si que tambien fueron arrojados de las alturas que ocupaban. Vuelven, sin embargo, á la pelea, recobran algunos puntos perdidos y prolongan el ataque por el centro y el ala derecha de los españoles, los cuales empiezan un tanto á ceder. Reforzados estos son derrotados por segunda vez los enemigos, viéndose en la precision de retroceder. Vuelven á la carga una y muchas veces con un valor digno de mejor causa, atacando por varios puntos á la vez, y son rechazados en todos, jugando con tal acierto nuestra artillería que desmontó la de los enemigos: esto era ya á las doce del dia, siendo todo hasta entonces desgracia y pérdida para los invasores.

Entonces Dupont, el «terror del Norte», como le llamaban sus soldados por su fiera intrepidez en las batallas, reúne sus generales y estado mayor, y puesto él mismo á su frente, se arroja bramando de cólera contra el centro de los españoles, donde se hallaban los generales Reding y Abadía, y con tal arrojamiento que llegaron sus soldados, los valientes marinos de la Guardia, á muy pocos pasos de nuestros cañones. Los españoles no flaquean, y firmes y serenos rechazan á sus contrarios con la mayor intrepidez. En vano es que repitan aquellos ataques dignos de la edad media, destrozados, fatigados y sin poder volver atrás, ni romper las líneas españolas, sucumbieron á la necesidad, y los vencedores de Marengo, Austerlitz y Jena, tuvieron que pedir una suspension de armas á un ejército compuesto en su mayor parte de pobres aldeanos que habian tomado las armas por la primera vez de su vida.

Don Juan de la Cruz, habiéndose puesto en marcha en la noche del 18 al saber el movimiento de Dupont, le ostigó tenazmente, y unido con Reding el 19 y con la Peña, que habia sido llamado por Castaños, quitaron toda la esperanza á los franceses y fueron testigos de la humillacion de aquellas legiones vencedoras del mundo moderno, cual lo fueron los romanos del antiguo.

Entre tanto Vedel, habiendo oido el fuego desde la Carolina, se dirige á Bailen, y Reding, noticioso de su marcha, le hace saber la suspension de armas anteriormente acordada. Vedel en su duda, envia un oficial á saber si es cierta, y antes de que vuelva acomete de improviso á un batallon nuestro que se hallaba desprevenido, siendo por esto fácilmente desecho. Acomete en seguida á otro batallon y un regimiento que ocupaban la ermita de San Cristóbal, y aquí fue tan reñida la resistencia, que dicha ermita fue tomada y vuelta á abandonar por varias veces, dando tiempo á que Dupont, amenazado por el general español, que si no suspendia el ataque el general Vedel, sería pasada á cuchillo toda su division, se viese en la necesidad de mandar suspender el fuego, lo cual obedeció de muy mala gana su intrépido subordinado.

En tanto seguian los tratos entre Reding y Dupont, exigiendo éste, que se le permitiera trasladarse con su ejército á Madrid, á lo cual se opuso con razon el representante Tilly, sabiendo que aquel general habia recibido un pliego en que se le ordenaba retrocediese á la corte para reforzar al mariscal Besieres puesto en marcha contra los generales Cuesta y Blake que se

dirigian á la capital por las llanuras de Leon, siendo por lo tanto estéril la victoria accediendo á la demanda del francés. Los franceses se incomodan con aquella negativa, pretenden seguir el combate; pero viéndose derrotados, muertos de sed, y rodeados de enjambres de paisanos que habian acudido de los pueblos inmediatos, volvieron á entablar las negociaciones.

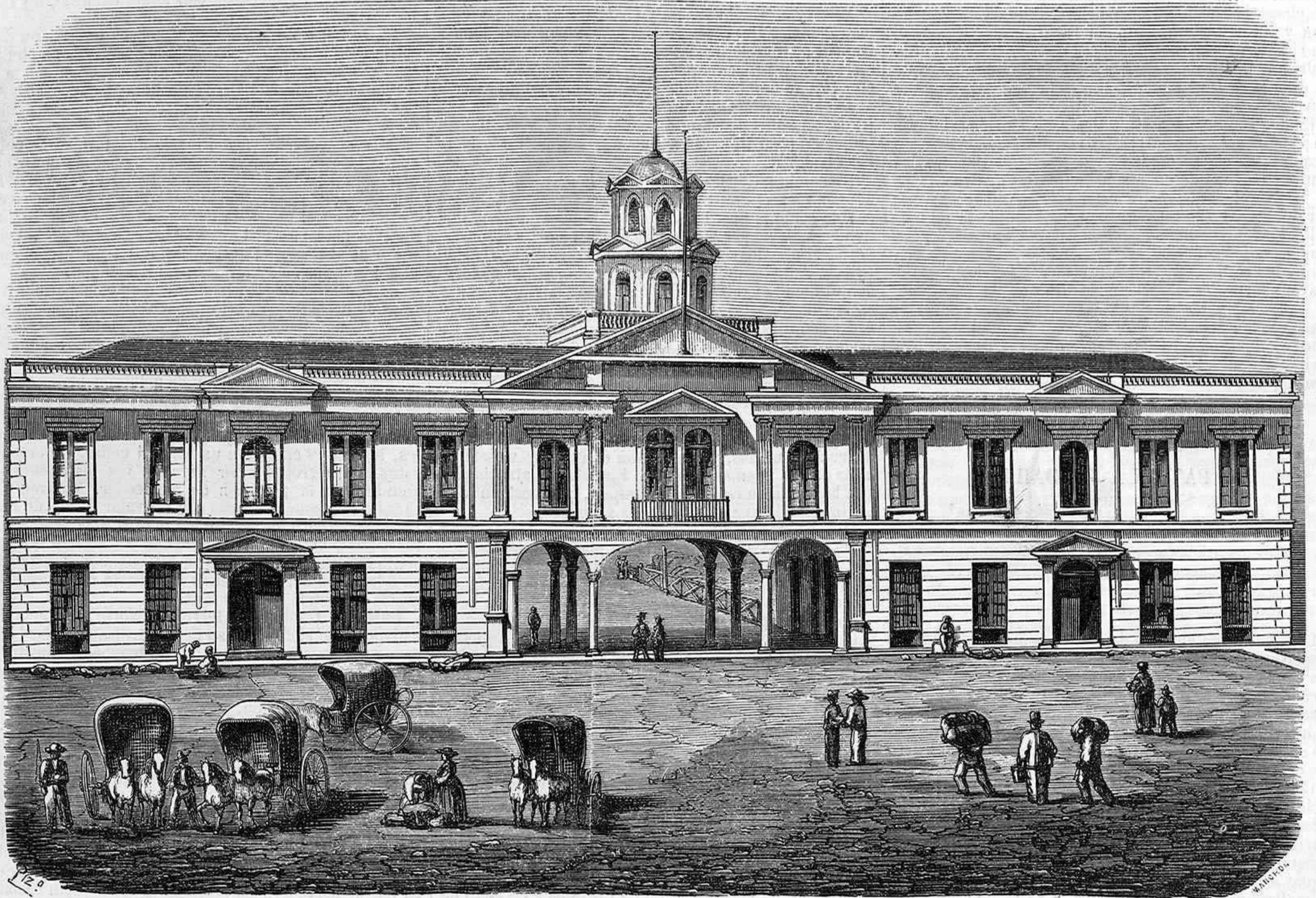
Sin embargo, Dupont le envia una orden á Vedel, dejándole en libertad de admitir ó no la capitulacion, y éste con aquella insinuacion, empieza á moverse por la noche camino de Despeñaperros. Pero habiéndolo notado los españoles, hicieron saber á Dupont, que serian pasadas á cuchillo todas sus tropas si no se atenan á la capitulacion él y todos los suyos, y entonces, temblando este caudillo, manda á Vedel se detenga. Y finalmente, se firmó la capitulacion en Andújar el 22 de

julio, por don Francisco Javier Castaños y el conde de Tilly por parte de los españoles, y al de los franceses por los generales Marescot y Chabert.

Al dia siguiente desfiló la fuerza mandada por Dupont, delante de la reserva y tercera division española mandadas por los generales Castaños y la Peña. Esta fuerza se componia de mas de 8,000 hombres. El 24 se trasladó á Bailen el general Castaños, donde las divisiones de Vedel y Doufourt rindieron sus águilas y sus armas, colocándolas en pabellones sobre el frente de banderas, componiéndose la fuerza que reunian de cerca de 10,000 combatientes, igualmente que otros destacamentos que se hallaban diseminados por los pueblos de las cercanías, resultando hacerse dueños los españoles de las águilas, armas, bagajes, municiones y 40 piezas de artillería. El número de franceses

muestrados en aquella gloriosa batalla fueron 2,000, incluso el general Dupré, y muchos los heridos, entre los que se encontraba Dupont, y se hicieron prisioneros 21,000 franceses. De los españoles murieron 243, quedando heridos mas de 700.

Segun la capitulacion, las tropas francesas debian embarcarse en Rota y en San Lúcar, para ser conducidas á Francia en buques españoles, y con no poco trabajo caminaban hácia la costa las tropas desarmadas y espuestas al odio é irritacion natural de los pueblos por sus atrocidades y saqueos en Córdoba, Jaen y en otros puntos que tuvieron la desgracia de ver en su recinto á semejantes vándalos. En Lebrija se amotinó el pueblo viendo mucho dinero á los franceses y hubo desgracias y muertes; y en el Puerto de Santa María, habiéndose caido un copon á un soldado, fue tal el



ESPEDICION CIENTÍFICA AL PACÍFICO.—LA BOLSA Y DESEMBARCADERO EN VALPARAISO, CHILE. (FOTOGRAFIA DE CASTRO).

horror de aquellas gentes, que fueron despojados de todo y maltratados por aquella implacable multitud. Y por último, la Gran Bretaña los declaró sus prisioneros, y fueron llevados á trabajar en los pontones de esta nacion, y otros destinados á la India y demás colonias donde fueron tratados con bastante rigor por aquellos rencorosos isleños.

Dupont, Vedel, Marescot, los demás jefes de aquellas tropas, los empleados de la administracion militar y varios oficiales superiores y otros del estado mayor, volvieron á su patria en agosto y setiembre del mismo año. Tal fue el resultado de la batalla de Bailen.

La noticia del desastre supose oficialmente en Madrid el dia 29, quedando consternado José Bonaparte, su gobierno, como igualmente todos los franceses. Tenian por imposible que aquellas águilas que habian posado su vuelo en todas las torres de Europa, se viesen abatidas á los pies de los españoles, de aquellos pobres aldeanos y campesinos, que en su desden injurioso les daban el nombre de *brigands*. Agregándose al mismo tiempo el estado amenazador en que se encontraban en Madrid y en todo el territorio que les rodeaba, resolvió el rey intruso retirarse al Ebro con las tropas que mandaba Monecy y las demás apostadas en las orillas del Tajo. Salió el dia 30 siguiéndole Monecy al dia siguiente, llevándose los franceses las alhajas y vajilla de la capital, como tambien de los sitios reales. Aque-

llos invasores acompañaban todos sus actos con saqueos. Hicieron aquellos soldados tales atrocidades y latrocinios en su retirada, que hubieran avergonzado á los vándalos y á los hunos. El 1.º de agosto fue un dia de júbilo para los madrileños, y el 23 entraron los vencedores en la capital en medio del delirio de sus habitantes, siendo al siguiente dia proclamado Fernando VII en medio del entusiasmo general.

IV.

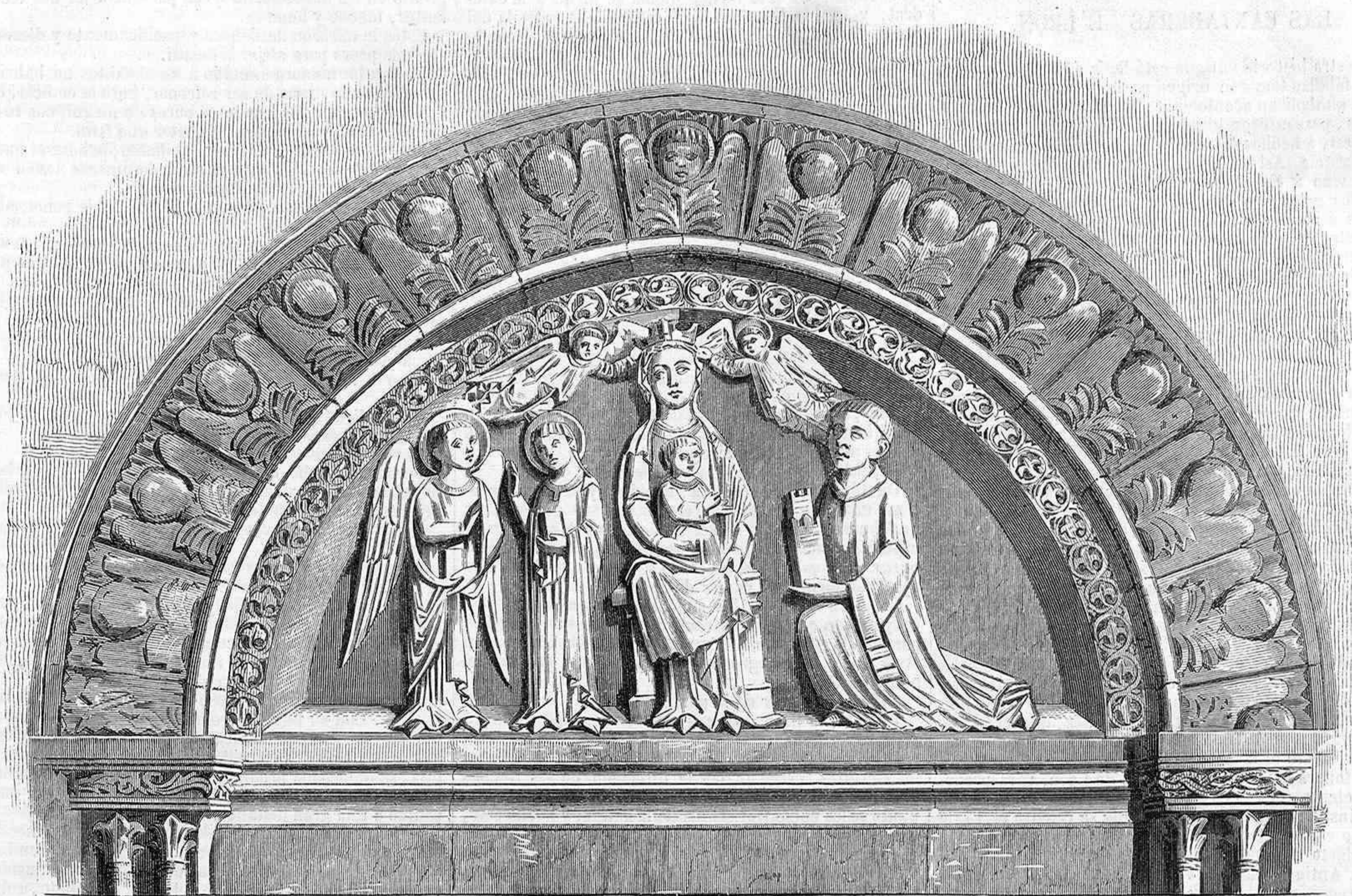
Napoleon, al recibir la noticia del desastre de sus legiones, no quiso creer aquella derrota, y cuando haciéndose paso la triste verdad, se convenció de su desgracia, quedó inmóvil de asombro, y arrojó un suspiro de dolor viendo vencidas sus águilas hasta entonces victoriosas, y vencidas por soldados y paisanos, que en su fiero desden tuvo siempre por una muchedumbre y populacho despreciables, y creído que bastaba una compañía de su guardia para hacerlos huir espantados á sus hogares. Se engañó, pues, aquel orgulloso conquistador, y vió con dolor eclipsada su estrella por el vapor de la sangre de Bailen. La fuerza moral de su ejército fue perdida, y todos los pueblos de Europa hasta entonces sujetos y humillados por su poderosa espada y despotismo se ponen en movimiento para der-

rocar aquel coloso que habian hecho bambolear de su asiento los españoles. Aquella derrota fue el origen de su caída, y de haber concluido sus dias en el peñasco de Santa Elena.

Sin embargo, pasado el asombro, dió lugar á la desesperacion, y entonces poniéndose al frente de sus legiones marcha para la península; y es en vano que diga entre otras cosas á sus soldados: «Voy á vengar el ultraje hecho á mis águilas por el leon español,» porque se encontró con una resistencia desesperada, derrotados sus ejércitos, y teniendo que abandonar la España para acudir al socorro de los suyos acosados por los alemanes que ya no temian medir sus armas con las de sus guerreros siendo derrotados en la península por soldados visoños, y paisanos, y guerrilleros.

Lleno de ira aquel orgulloso emperador, tuvo la ruin venganza de encerrar en un castillo al valiente Dupont, y al intrépido Vedel, por haber sido desgraciados, y á Marescot y Chabert por haber firmado la capitulacion. Reabilitólos en diferentes épocas, exceptuando á Dupont que en su fiero encono tuvo aprisionado hasta que la Restauracion se encargó de su libertad para hacerle su Ministro de la Guerra. Aquel emperador tuvo muchos rasgos de poca ó ninguna nobleza y grandeza de alma.

El general Castaños, este ilustre madrileño, fue por aquella victoria, promovido posteriormente á capitán



RETABLO DE NUESTRA SEÑORA DE REGLA DONDE SE VERIFICABA LA CEREMONIA DE LA OFERTA, EN LA CÉLEBRE Y ANTIQUÍSIMA PROCESION DE LAS CANTADERAS EN EL CLAUSTRO DE LA CATEDRAL DE LEON.

general, y mas adelante á grande de España de primera clase, con el título de duque de Bailen.

Creóse por la Junta de Sevilla, á nombre de Fernando VII, en 11 de agosto de 1808 una medalla de distincion, la cual es toda de oro, y en ella están grabados dos sables enlazados con una cinta de la que pende un águila: sobre los sables corona de laurel y sobre ella

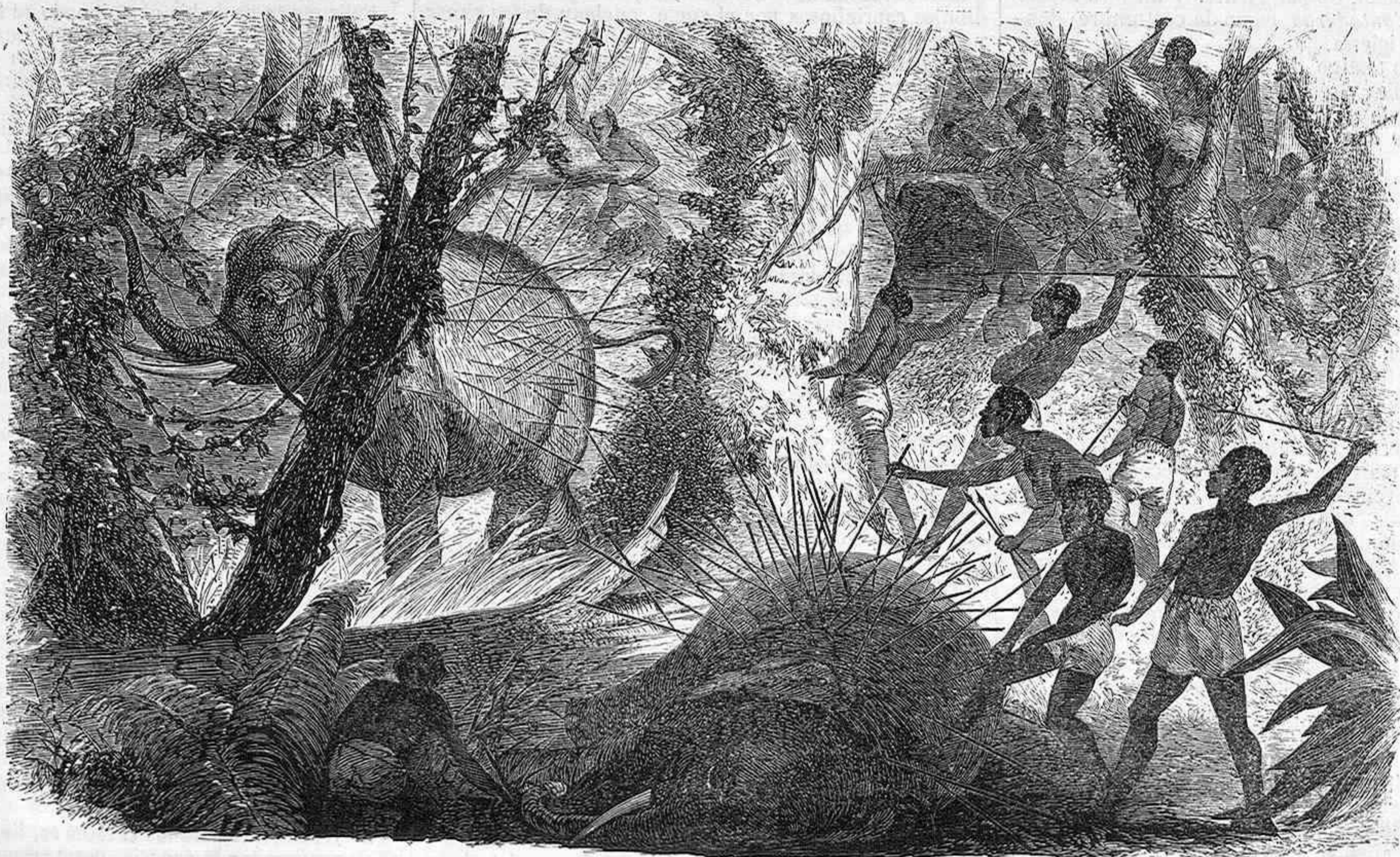
dándole vuelta por los lados una cinta ondeada en que se lee: «Bailen 19 de julio de 1808.» Se lleva pendiente en el ojal de la casaca ó cosida sobre el pecho de una cinta, cuyo centro es amarillo y los lados encarnados por partes iguales.

Tal es, pues, el resultado de aquella siempre memorable batalla que dió la libertad á las naciones. Allí se

peleó con bravura por ambos lados, y ni los franceses desmintieron su valor de Austerlitz y de Marengo, ni los españoles sus hazañas y portentos en la constante guerra sostenida con los romanos y los árabes, y hasta con ellos mismos en Flandes y en Italia.

¡ Dichosos nuestros padres que presenciaron aquella hazaña!

MANUEL MARIA GUILLEN.



LAS CACERÍAS EN EL AFRICA ECUATORIAL. —EL ELEFANTE.

LAS CANTADERAS DE LEON.

Nuestra historia antigua está llena de fábulas; pero estas fábulas tomaron origen en hechos reales y positivos, simbolizan acontecimientos mas ó menos memorables, personifican ideas, y dan forma, si puede decirse así, á hechos que solo pasaron en el mundo de la inteligencia. Así por ejemplo, cuando se dice que Hércules vino á España, quiere significarse la llegada de pueblos griegos que consideraban como uno de sus dioses á aquel héroe fabuloso; cuando se añade que Hércules separó los montes de Calpe y Avila abriendo el Estrecho, no otra cosa debe verse que el trascurso del tiempo separando las arenas y abriendo paso por donde se comunicaron los mares Mediterráneo y Océano; cuando se habla de los amores de Florinda con don Rodrigo y la venganza del conde don Julian, es suficiente considerar la decadencia y molición del pueblo godo y el ímpetu conquistador de los árabes, sin recurrir á sucesos amorosos del interior de un alcázar. Así sucede que cuando se dice que el tributo de las cien doncellas dió origen á las *cantaderas de Leon*, debe verse en esta tradicion antigua el deplorable estado de la España bajo la dominacion agarena, y el regocijo de los cristianos por la paulatina reconquista del país perdido.

El feudo de las cien doncellas es en efecto una de las tradiciones mas notables y que han servido de motivo á mil diversas leyendas. Supónese que Mauregato se avino de grado ó por fuerza á entregar anualmente cien doncellas castellanas para los harenes de los reyes moros; pero reclamando este vergonzoso tributo en el año 844 el rey de Córdoba Abderramen II, fue rechazada por la entereza de don Ramiro I, que ocupaba el solio leonés. Lejos de enviar al ismaelita las cien doncellas, le retó para el campo de batalla, y estallando la guerra entre leoneses y musulmanes, quedaron estos vencidos en la famosa batalla de Clavijo, y anulado para siempre el indigno feudo de Mauregato.

Entonces fue cuando la ciudad de Leon, para perpetuar eternamente el recuerdo de aquella gran victoria, instituyó una fiesta anual que se celebra el 15 de agosto con el nombre de las *Cantaderas*, y que tiene por objeto celebrar el triunfo del ejército de don Ramiro. Antiguamente se verificaba la funcion con notables regocijos. Y no debe extrañarse. En un país caballeresco y heroico como el nuestro, en una sociedad tierna y entusiasta como la antigua sociedad castellana en que el respeto y el amor á la mujer era un culto, en que por la mujer se hacia todo, se sufría, se batallaba, se moría, nada tiene de extraño que el predominio de la causa nacional, que era el predominio de la virtud y el enaltecimiento del pudor, se celebrase con públicas demostraciones. Pero estas fiestas ya decaian en tiempo de Felipe II, en términos que este monarca señaló una pensión para que se las diera el brillo necesario. En el año de 1595 un testigo de vista refiere que la fiesta de las *Cantaderas* fue muy notable. Hubo gran concurrencia de caballería y nobleza, danzas y bailes, fuegos artificiales é iluminaciones, con aparato público de todas clases, aparte de las usuales ceremonias de ofertas á imágenes y al cabildo, de pan, frutas y un toro muerto, bailando las *Cantaderas*, como de costumbre, dentro y fuera de la iglesia.

Hoy segun otro testigo de vista, se celebra así. Las *Cantaderas* son diez y seis niñas pertenecientes á cuatro parroquias de la ciudad, únicas que debieron existir en tiempo de don Ramiro, y que por esta razon conservan cierta preeminencia sobre las restantes. Las de una de ellas eran del estado noble, aludiendo sin duda á que la mitad de las doncellas del feudo eran sacadas de la nobleza del reino. Y de aquí se deriva la significacion de las niñas de ambas clases en el número de las *Cantaderas*. En el día de la fiesta salen de las casas Consistoriales de la ciudad, formando una especie de procesion triunfal. Van magníficamente ataviadas, cubiertas con blancas vestiduras, coronadas de flores entonando festivos y armoniosos himnos, y celebrando en agradables y candorosas danzas la dulce memoria de su inmaculada libertad. Y los sonoros acentos de las tiernas doncellas, los ardientes compases de la música marcial, y los alegres ecos de un pueblo sensible y creyente, que celebra una de las glorias mas bellas del país, dan á la solemnidad un conjunto lleno de animacion, atractivo y entusiasmo que afecta dulcemente la fantasía y la lleva á perderse entre suaves emociones llenas de poesia y sublimidad. Precede á la comitiva una especie de botarga, llamada la *sotadera*, ridiculamente vestida y cubierto el rostro con un antifaz. Representa la imagen del vicio persiguiendo á la inocencia virginal; y por esto es papel infamante, que solo ciertas mujeres necesitadas se prestan á desempeñar por algunos ducados aunque guardando á todo trance el incógnito. Acompaña tambien ó las doncellas una porcion de hombres enmascarados con trajes árabes. Uno de ellos lleva una escoba de palma, y colocada sobre ella una candela encendida levantada en alto; otros tienen alatales y añafles á la morisca usanza, y otros en fin, festejan á las elegantes y alegres *Cantaderas*. Precedido de aquel vistoso cortejo, el ayuntamiento

de la ciudad, en acto de ceremonia se dirige á la catedral, y se incorpora con el cabildo á la entrada del átrio, desde donde ambos se encaminan, penetrando en el templo por el pórtico principal, á el altar titulado de foro y oferta, en donde se halla la imagen de la Virgen tal como representa el grabado adjunto. Allí pregunta el cabildo á la municipalidad si la ofrenda que lleva es por foro ó por oferta. Contesta el ayuntamiento que por oferta, y replicando el cabildo que solo puede recibirla como foro, se toma testimonio ó acta de lo que pretende cada corporacion, que juntas van á celebrar una misa votiva de gracia, en la misma catedral, terminando así la fiesta de las *Cantaderas*.

LAS CACERIAS EN EL AFRICA ECUATORIAL.

EL ELEFANTE.

(CONTINUACION.)

Este, asombrado de tanta destreza, dió un golpecito en el hombro á Chaillu, diciéndole sin sonreirse, lo cual es milagroso en un negro:

—¡El hombre blanco matará elefantes!

Ogutá, fiel á su promesa, tardó muy poco en organizar una gran cacería de elefantes: sus compañeros de Mbuma y Abokó, le secundaron tan bien, que la expedicion constaba de 500 hombres, y solo faltaba preparar el bosque tan luego como se tuviese noticia de la aparicion de alguna banda de elefantes.

Como en el país de los fans abundan mucho, supose muy pronto que habia elefantes en el bosque, hacia la parte de los Ashiras; y Mbuma, Ogutá y Abokó eligieron otros diez ó doce negros que les ayudasen á preparar el bosque.

Chaillu quiso ser de la partida.

Preparar el bosque es una operacion muy penosa y á veces arriesgada.

Consiste en dirigirse al punto donde han sido vistos los elefantes, estudiar por la direccion de las huellas mas recientes, y por las yerbas ya comidas, en qué punto se les encontrará el día de la batida, y hecho esto, que requiere mucha inteligencia y mucha práctica, se procede á hacer la *toilette* del bosque, por decirlo así.

El suelo africano abunda de una manera prodigiosa en fuertes plantas enredaderas. Apenas se encuentra un árbol que no esté ligado á los inmediatos por muchos brazos de aquellas.

Pues bien, los negros trepan á los árboles y estien den y aseguran esas ramas de tronco á tronco, en términos, de formar una espesa red. De este modo queda formada una especie de muralla que entorpece la fuga del elefante.

A algunos centenares de pasos se hace igual operacion, y así sucesivamente en una larga estension de terreno, cuidando de que todas se hallen en una misma direccion, pues ya hemos dicho que el elefante parte de frente atropellando por todo y sin cuidarse de los obstáculos, á pesar de que los de esta clase le irritan, le molestan, le fatigan y detienen.

Tal es la increíble fuerza de esos nervios vegetales que se enroscan de árbol en árbol, se esparcen en cien dibujos caprichosos por el suelo, cuelgan de las cimas y cierran el paso.

Ya hemos dicho que aquel día acompañaban á Chaillu, además de Ogutá, Mbuma y Abokó. Este último era un joven cazador, bastante inesperto aun por falta de práctica, pero cuyo arrojo y destreza le habian granjeado el afecto del esperimentado Ogutá.

—¡Abokó! ¡Abokó! le decia este con frecuencia; te sobra valor, pero te falta prudencia...

—¿Y para qué sirve la prudencia? exclamaba el joven negro, dejando ver sus dientes de marfil.

—En los cazadores para bailar y cantar alrededor de ciertos árboles.

—¡Bah!

Y Ogutá se alejaba de su discípulo haciendo un ademán que significaba:

—¡Este muchacho no quiere llegar, y no llegará á viejo!

El día á que venimos aludiendo, cuando llegaron al sitio elegido para hacer la última enramada, Ogutá, al llegar á cierto sitio, dejó su fusil y empezó á bailar y á cantar alrededor de uno de esos árboles elevados, rectos, elásticos como la goma, cuyas ramas, formando arcos, se alargan casi paralelas al suelo.

Chaillu se quedó sorprendido.

—¿Por qué baila? preguntó Chaillu.

Abokó no supo contestar; pero Ogutá, que se acercaba, les sacó de dudas.

—Abokó, dijo al joven negro: me preguntas que para qué sirve la prudencia, yo te contesto que para bailar y cantar alrededor de los árboles: tú te ries, y sin embargo, sin la prudencia y la serenidad no habria bailado ni cantado hoy al pie de esos árboles.

Chaillu no comprendió nada de las palabras de Ogutá; y Abokó debió comprender muy poco mas.

Ogutá les refirió entonces lo siguiente:

—Cierta día que con el fusil al hombro registraba el bosque buscando un gamo ó un búfalo, encontré de

pronto en un descampado y en presencia de dos elefantes, macho y hembra.

Estos le miraron desdeñosa y pacíficamente y dieron algunos pasos para alejarse de allí.

Si Ogutá hubiera imitado á los elefantes no habria ocurrido nada digno de ser referido, pero la codicia, el deseo de poseer dos hermosos pares de magníficos colmillos, indujo al cazador á cometer una falta.

Sin encomendarse á Dios ni al diablo, echóse el fusil á la cara, hizo la puntería cuidadosamente, salió el tiro, y la hembra cayó al suelo muerta.

La bala, entrando por un oído, le habia penetrado en los sesos.

El macho, al ver caer sin vida á su compañera, lanzó un rugido, y semejante á una avalancha, se precipitó sobre el imprudente cazador.

El suelo temblaba sordamente bajo su tremenda pisada.

Ogutá comprendió que era hombre muerto, y huyó hacia el bosque con la rapidez de una flecha.

Pero el impetuoso elefante ganaba terreno por momentos.

Ogutá distaba de los primeros árboles, que eran jóvenes y pequeños, 30 ó 40 pasos.

El elefante distaba de él 60 ó 80.

Pero Ogutá sabia que antes de que llegase á un árbol corpulento seria alcanzado, derribado y despedazado bajo las tremendas pezuñas del monstruo.

Sin embargo, seguía corriendo: ¿por qué, y para qué?

Porque el miedo, cuando se convierte en pánico, es superior á la razon, á la voluntad y al valor.

Cuando Ogutá, loco, jadeante, llegaba á los primeros árboles, el elefante estaba ya á punto de alcanzarle; y entonces, sin darse cuenta de lo que hacia, dió un salto, se asió á una de las ramas del árbol y se encontró momentáneamente libre de su enemigo.

Este, cada vez mas furioso, volvió su cólera contra el árbol. Con su terrible trompa desgajó en un momento cuantas ramas pudo alcanzar y luego atacó al tronco con sus patas y sus colmillos: el tronco, á cada embestida, se doblegaba prodigiosamente, obligando á Ogutá á asirse á las ramas con toda su fuerza para no ser despedido á una gran distancia.

El árbol amenazaba caer derribado bajo el tremendo trabajo de las patas del elefante: Ogutá lo comprendió, y en uno de los vaivenes de la rama á que estaba asido, cuando chocó contra la copa del árbol inmediato, soltó las manos y se asió al otro árbol.

El elefante volvió contra éste toda su furia, y Ogutá hubo de repetir la misma operacion, una, dos, tres, seis veces; hasta que por último llegó saltando de rama en rama con la agilidad de un mono ó de un negro, que viene á ser lo mismo, á un árbol corpulento, secular, donde no debía temer las iras de su obstinado y vengativo adversario.

El elefante, viendo que sus ataques, apenas conmovian el nuevo refugio del negro, trató de alcanzarlo con la trompa, y como no pudiera conseguirlo, fué á situarse á veinte pasos del árbol para ver mejor al negro y esperar á que bajase.

Ogutá, sentado á horcajadas en un robusto brazo del árbol, descansaba de sus anteriores ejercicios y se preguntaba cuantos días permanecería allí el elefante.

Felizmente no habia abandonado su fusil.

Cuando hubo recobrado la razon, cuando hubo vencido el miedo que hacia palpar su corazon, cargó tranquilamente su arma y bajó á situarse en una rama mas próxima al suelo.

El elefante se acercó al árbol creyendo que su enemigo se entregaba.

Esto era lo que Ogutá queria; sentado en un brazo del árbol y apoyada la espalda contra el tronco, colocó el cañon del fusil sobre una rama, llevóse la culata al hombro, cerró el ojo izquierdo, inclinó la cabeza á la derecha y permaneció inmóvil, semejante á una estatua de ébano.

Sonó el tiro: el elefante dió un rugido tremendo y semejante á una montaña de granito, despedida por el brazo de un titan, se estrelló contra el árbol, que osciló como una caña dulce agitada por el aire, y se desplomó sobre sí mismo.

Ogutá, que no estaba asido del árbol, cayó sobre el elefante.

¡Pero el elefante estaba muerto!

Por esta razon, siempre que pasaba por aquel sitio, se detenía, y lleno de gratitud bailaba y cantaba alrededor del árbol que le habia librado de la muerte.

II.

Chaillu regresó á la aldea muy fatigado, y como en aquella parte del Africa se carece de animales de carga, pues no se conocen el caballo, la yegua, el mulo ni el asno, y el elefante se halla en completo estado de independencia, merced á la falta de habilidad de los habitantes preciso le era resignarse y someterse á la idea de que el día siguiente le esperaba mayor cansancio.

Es verdad que para los cazadores, llegado el momento de emprender la cacería, desaparece todo cansancio físico y moral, á impulsos de la afición y por efecto de

la excitación nerviosa que les produce la perspectiva de la lucha.

Pero Chaillu, á guisa de hombre observador, había notado que desde la aldea hasta el punto de reunión, que era donde debía empezar la batida, mediaba una distancia de seis millas, y por lo tanto imaginó la manera de evitarse el trabajo de hacer á pie aquel trayecto.

Lo más sencillo se reducía á haber mandado levantar una tienda y permanecer aquella noche en el sitio designado; pero además de que esto podría haber ahuyentado á los elefantes de aquellos alrededores, la verdad es que no se le ocurrió semejante cosa hasta que hubo regresado á la aldea.

Había notado que al salir de ella siguieron la orilla del río que pasa al pie de la colina, en cuya falda se levantan las cabañas de los negros; río poco caudaloso, de escasa corriente, de aguas límpidas y murmuradoras; pero á la media hora torcieron á la izquierda, penetrando en el bosque, ínterin que el río se inclinaba á la derecha.

Cerca del sitio á donde los negros levantaron la primera cortina de enredaderas había visto otro río, que por su aspecto tenía cierta semejanza con el que pasaba por delante de la aldea.

Chaillu llamó á Mbuma y supo con alegría que ambos ríos eran uno solo: faltaba saber si podrían hacerse de una canoa.

No solo era esto fácil, sino que Mbuma, reputado por el mejor constructor de piraguas de toda la comarca, creyó que tratándose de complacer á un *hombre blanco*, debía dar una prueba de que la fama de que gozaba no había sido mal adquirida.

Así, pues, cuando Chaillu le hubo manifestado su deseo de evitarse una caminata de seis millas de ida y otras tantas de regreso, le tranquilizó asegurándole que quedaría servido.

Chaillu, contento con esta noticia, se acostó y durmió toda la noche.

Rayaba apenas el día cuando le despertó una gritería infernal. Inmediatamente saltó de la cama, tomó un revolver y salió de su cabaña. Grande fué su sorpresa al verse rodeado por un grupo inmenso de negros armados de hachas, lanzas ó javalinas y fusiles; bien que estos en muy corto número, de chispa, y en malísimo estado.

Chaillu preguntó á Ogutá el motivo de aquella especie de motín, y el negro entre risueño y avergonzado, le contestó que él y cuatro ó cinco de sus compañeros iban á buscarle sin más objeto que el de pedirle municiones para la cacería que iban á empezar; pero que el resto de la asamblea, siguiendo la costumbre, acudían á reclamar un trago de rom.

Los negros son ferozmente apasionados á las bebidas fuertes, y los europeos que hacen el comercio con aquellas costas se proveen grandemente de una especie de veneno que dan á los pobres negros por aguardiente de caña.

Recuerden nuestros lectores qué mistificaciones, qué agua-chirles nos sirven en los cafés por rom á nosotros, hombres civilizados, que sabemos lo que es realmente rom, que tenemos autoridades encargadas de impedir que se engañe á ese gran consumidor llamado público, y calcularán quizá lo que puede ser el rom que los mercaderes de carne humana llevan al Africa con el pomposo nombre de aguardiente de caña.

Chaillu cedió, muy á pesar suyo, al deseo general: dióles un barrilito de excelente rom, encargándoles que lo mezclasen con agua, aunque sabía que la recomendación era inútil, y poco después pusieron todos en marcha.

La casi totalidad de los cazadores se dirigió al bosque; Ogutá, Mbuma y Abokó bajaron con Chaillu la pendiente que desde la aldea conduce al río, y llegados á la orilla encontraron una magnífica canoa, obra maestra de Mbuma.

Como todas las que usan los negros para la navegación fluvial, estaba construida de una sola pieza ó sea de un tronco de árbol.

Parecía una culebra gigantesca, dormida sobre la apacible superficie de las azuladas aguas.

Aquella canoa, manejada por cuatro robustos remeros, tenía 60 pies de largo, 3 1/2 de ancho y 3 de puntal; siendo tan ligera que cuatro negros bastaban para sacarla á tierra y conducirla en hombros de un lado para otro.

Cuando todos los remeros y cazadores se hubieron instalado en la canoa, aquellos empezaron á trabajar esforzadamente y la ligera embarcación surcó las aguas con la velocidad de una flecha; con una rapidez verdaderamente prodigiosa.

Mbuma, Abokó y Ogutá colocaron sus viejos fusiles ingleses en el fondo de la canoa: Chaillu, que iba sentado en la popa, conservó sobre las rodillas su excelente rifle.

Hacia un tiempo delicioso: aquel cielo que algunas horas después debía lanzar sobre la tierra africana una lluvia de fuego que convierte el aire en el abrasado aliento de un horno, se ostentaba de un admirable color azul, límpido y transparente.

Débiles zonas de luz se dibujaban en el horizonte por la parte de Oriente: soplaban una brisa fresca y perlumada con esos penetrantes perfumes, llenos de fuerza y

de energía como la poderosa vegetación que los produce.

Las fieras, ahuyentadas por la proximidad del día, ese enemigo de todos los crímenes misteriosos, no dejaban oír sus lúgubres aullidos: en cambio oía Chaillu el admirable concierto matutino de millares de pájaros de otras tantas especies que revoloteaban de rama en rama ó corrían á lo largo de las orillas del río, ínterin no los asustaba y ponía en fuga con sus penetrantes chillidos y sus tremendos saltos algún descarado mono.

Una hora después llegaban al punto designado para reunirse, y en efecto, al poco tiempo empezaron á llegar los negros.

Ya creemos haber dicho que eran en número de 500. Una docena de ellos iban provistos de fusiles, algunos de temibles y cortantes hachas, en cuyo manejo son habilísimos; y la mayoría llevaban tres ó cuatro javalinas ó lanzas cortas, de larga y afilada punta de hierro, que deben ser terribles aun para los elefantes, á pesar de su durísima piel.

Ogutá, Abokó y Mbuma, dispusieron que los cazadores fuesen á ocupar sus puestos para empezar la batida. Esta operación se reduce á un simple ojeo, con la diferencia de que nunca va un hombre solo, sino en grupos de tres ó cuatro, mediando de uno á otro grupo una distancia de quince ó veinte pasos, según lo permiten los accidentes del terreno.

El ala, que formaba un semicírculo, debía abarcar una extensión de más de media legua.

Los elefantes que encontrasen y huyesen delante de los cazadores, habían de seguir forzosamente la línea que conducía á las murallas de enredaderas levantadas el día anterior.

Los pocos fusiles disponibles fueron distribuidos convenientemente en toda la línea.

En el centro de ésta marchaban Chaillu, Ogutá, Abokó, Mbuma y algunos negros armados de javalinas y de hachas.

Media hora después, cuando se calculó que estaba formada la línea, empezó el ojeo y todo el mundo marchó adelante, sin lentitud, pero sin precipitarse.

Las voces y los gritos de los negros formaban una algaravía infernal, al través de la cual se oían frecuentemente el bufido del toro salvaje, el grito de los monos y el rugido del gorilla.

De cuando en cuando se proyectaba en el suelo una sombra gigantesca, y Chaillu oía sobre su cabeza un ruido semejante al que produce un vendabal en las copas de los árboles.

Era alguna águila ó algún buitres que se alejaba velozmente de aquel sitio.

Hacia tres cuartos de hora que empezara la batida, cuando Chaillu oyó un ruido sordo, lejano, semejante al de la tormenta combinado con un temblor de tierra; pero en aquel momento aumentó la gritería de los ojeadores, y no pensó más en aquel extraño ruido.

Poco después cesó del todo el vocear de los negros, y Chaillu aprovechó aquel momento de silencio para salir de dudas.

Ogutá sonriendo, le dijo que aquel ruido sordo era producido por la carrera de uno ó de varios elefantes.

—¡Pues apretemos el paso! exclamó.

—No conviene.

—¿Y por qué han callado los ojeadores?

—Por la misma razón.

Abokó, más joven, más explícito y más impetuoso, tomó la palabra.

—Al empezar el ojeo, dijo, conviene hacer mucho ruido para levantar la caza. La salida de ésta es siempre á la carrera.

—¿Y bien?... Corramos.

—¡No! Es preciso ir despacio y silenciosamente, para dar lugar á que la caza ya levantada se tranquilice y vaya al paso.

—¿Y por qué es eso?

—Porque de otro modo no llegaríamos ni aun á ver á los elefantes.

—¿Tanta es su velocidad?

—Tanta, dijo Ogutá, que nadie la comprende hasta que ha tenido que huir perseguido por uno de ellos.

(Se continuará.)

FELIPE CARRASCO DE MOLINA.

MADRIGAL.

A...

Como la flor al rayo
del tibio Sol de Mayo,
así se abrió mi pecho á tu pasión:
Como á la flor el viento
de Octubre turbulento,
así secaste tu mi corazón.

M. DEL PALACIO.

EN UN ALBUM.

Las ondas azules que besan la playa,
las aves canoras que cruzan el bosque,
con mágicos trinos y dulce armonía
murmuran un nombre.

—¿Qué nombre me dices, murmuran las olas,
qué nombre las aves repiten veloces?

—Aquel que más grato resuena en mi oído,
el tuyo, Dolores.

M. DEL PALACIO.

UN HOMBRE POR DENTRO.

POR DON FERNANDO MARTINEZ PEDROSA.

El que aspire á elevarse sobre los
hombres, necesita prepararse á la
lucha, y no retroceder ante ningún
obstáculo. Un gran escritor no es más
que un mártir que no morirá.
BALZAC.

I.

Julio besó en la frente á su hijo, el cual dormía en los brazos de su madre, y después de lanzar á ésta una mirada tierna é indefinible exclamó: ¡cómo ha de ser!

Elena, adivinando en el semblante de su esposo, que acababa de ocurrirles alguna desgracia, arrancó de las manos de Julio un papel, que el joven oprimía insensiblemente, y leyó en él estas palabras: «por real orden de esta fecha, S. M. se ha servido declarar á usted, cesante, con el sueldo que por clasificación le corresponde, del empleo de oficial 7.º de hacienda pública de la provincia de Zamora. Lo que traslado á usted..., etc.; el final no había para qué conocerle, enterada que estuvo del documento.

Algunos instantes después, todavía lloraba Elena amargamente. Julio estaba pensativo. Felizmente á los tres años se vive en un mundo interior que solo inspira sonrisas, así es que el niño fijó su vista en su madre, al verla derramar lágrimas, enjugándolas con sus caricias.

Aquella misma noche debía de salir Julio con dirección á la corte para procurar su reposición, según manifestó á su esposa, ó según se dijo á sí mismo, para abrirse un nuevo camino que dulcificara las miserias y privaciones á que por su corto sueldo se había visto sujeto, dedicándose al cultivo honroso y productivo de las bellas letras.

Adios, querida Elena, la dijo estrechándola contra su corazón. Adios, hijo de mis entrañas, murmuró exhalando un suspiro y vertiendo una lágrima. Aquí se aísla mi hogar; abandono el nido de la felicidad para entregarme á mis más caros objetos, con la fe del que espera merecer para alcanzar. Un mundo de gloria se me muestra en Madrid, y tras él descubro la paz de mi familia. Veamos si Dios me ha concedido el supremo don del entendimiento, y si he sabido hacer buen uso de él.

La diligencia partió, y aun resonaban en los oídos de Julio estas palabras confundidas con sus sollozos. Escribeme por Dios todos los días. Y aquel joven de corazón, incrustado en un rincón de la rotonda, comenzó á forjarse un mundo de ilusiones en su cerebro.

¿Por qué he de seguir viviendo, se decía animoso, aprisionado entre un sillón y una mesa de oficina? ¿Cómo han de ser inútiles mis largas vigiliadas, mis continuos estudios, las observaciones prácticas que he hecho sobre la sociedad, y sobre todo, ¿cómo he de contener el torbellino de ideas que bullen en mi imaginación, y que me impele á empresas áridas y desconocidas? Recuerdo mis poesías, conjunto de puras exhalaciones que han dormido algunos años á la sombra de mi pupitre. Pienso en el cuadro dramático que he tratado de desenvolver, empleando todo el vigor de mi inteligencia; trabajo que ha ido adquiriendo ser, al par que se deslizaban mis mejores años. Allí están mis creencias, mi corazón, mi númen. De allí brota una musa no contagiada con el viciado aroma de los malos libros. ¡Señor! esa obra, lejana sin duda de la perfección, me ha hecho sentir y espesarme; se halla impregnada de amor, y he procurado que en ella resalte la virtud. Haz que me abra nuevos horizontes, si es que vale para tanto... si no perdona los delirios del poeta y la vanidad del hombre.

Así era este hombre por dentro al apartarse de los seres más queridos de su corazón. Se habían cerrado sus párpados y durmió el sueño apacible del honrado, y soñó bajo la impresión de las ilusiones del poeta, que se dirigía á un mundo de bondades, y perseveró soñando en la idea de seguir la senda florida de la expansión y la verdad, y confió alcanzarlo todo de la rectitud de sus semejantes. ¡Ah! ¡triste y amarga hubiera sido su pena, leyendo al despertar en la realidad de su porvenir!

Julio Bravo, había cumplido treinta años, dividiendo su vida en el período de la inocencia y los rectos instintos, los diez primeros, en el estudio reflexivo de las cosas, los segundos, y en el amor entrañable y consecuente á su casta Elena y su hijo, los restantes. Habíase casado joven, vencido por los atractivos de su compañera, y de este enlace nació voluntariamente en él, la necesidad de vivir en el alejamiento para saborear más dulcemente su felicidad. No por eso había dejado de gozar de los encantos de la juventud; había

LOS BAÑOS DEL RIO MANZANARES, POR ORTEGO.



Manzanares. — Dame agua para mis baños.
Lozoya. — ¿Yo? ni un cuartillo me sobra,
que fuentes y filtraciones,
no me dejan ni una gota.



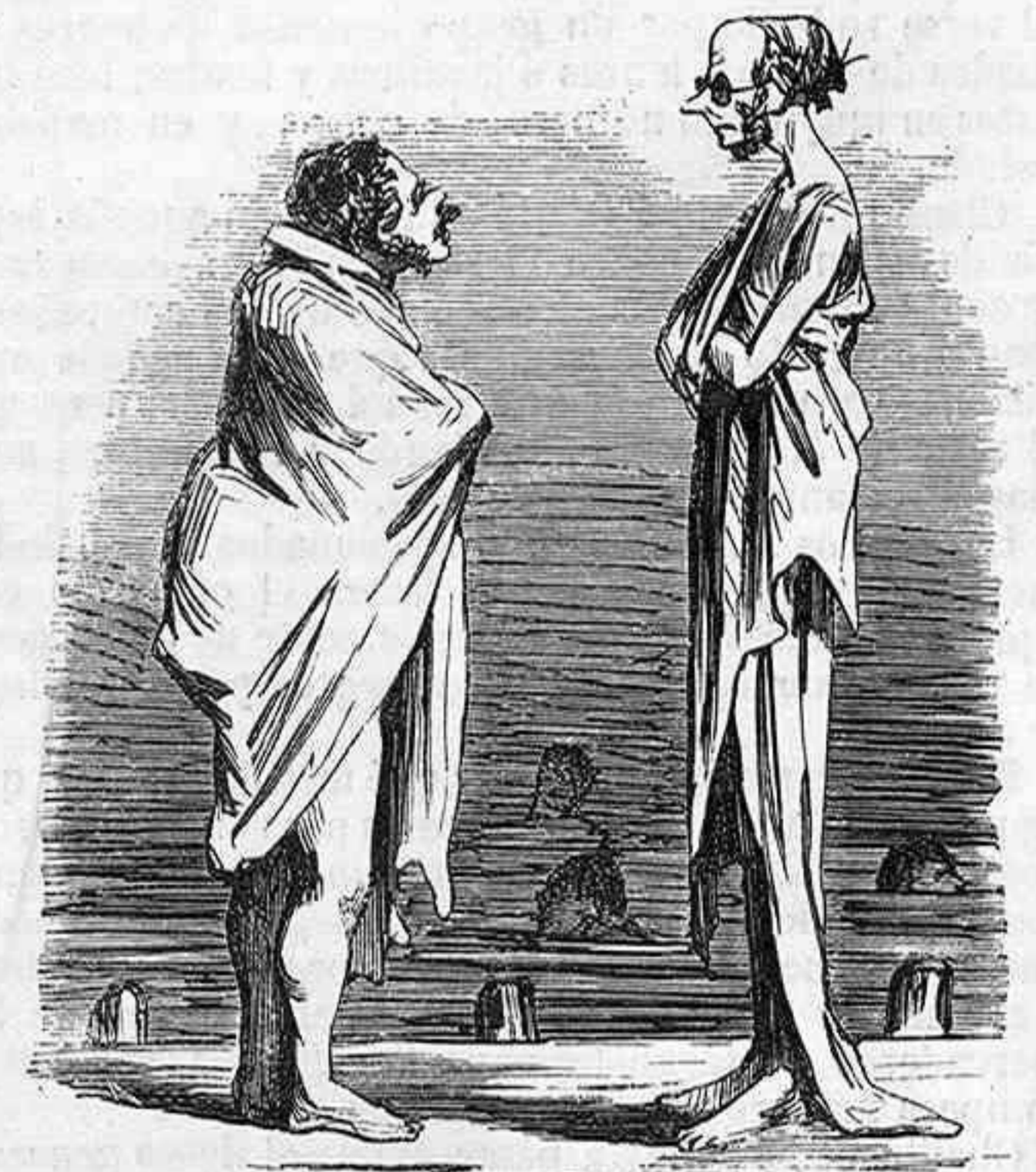
Ya el rio se ve á lo lejos,
valor, amigos, valor,
¡qué fresca estará la arena
allí donde no dé el sol!



—¿A dónde va usted, don Judas?
—Me voy á bañar al rio,
y para echar agua al baño
la llevo en estos botijos.



—Echese usted, doña Tecla,
que hoy está clarita el agua,
pero no se eche de golpe
por si se asustan las ranas.



—¿Será el mar cuatro ó seis veces
mas grande que es este baño?
—Quizás no será tan hondo,
pero de fijo es mas largo.

participado de sus halagos, y siempre recordaba con placer, los venturosos días, en que brillaba en los salones de la corte, por sus atractivos personales por su carácter; y singularmente por el culto ingenio y la gala, en el decir que le distinguía. Julio, sin embargo tenía la secreta inmodestia de lamentarse, interiormente de su debilidad de carácter, del rigor y la severidad con que juzgaba sus propias acciones, y de la desconfianza y el escaso aprecio que hacia de sí mismo.

Sentido, como el Rafael de Lamartine, la idea mas fútil ó la mas insignificante contrariedad le impresionaba, sobreescitándole y ocupando su imaginación días enteros; lo cual producía en su ánimo un acobardamiento, una falta de iniciativa y de acción perjudiciales. Pero llegó el momento en que aquella especie de marasmo, debía vencerse y hé aquí al ignorado vate salvando distancias, acariciando proyectos, y alimentando ilusiones, en la convicción íntima, de que en breve iba á tocar el lisonjero término de sus afanes, desvanecido con la impresión de sus fantásticos sueños de color de rosa.

Ya se halla, nuestro jóven, en el centro bullicioso, en el seno de esa sociedad agitada é hipócrita, donde se disfrazan los pensamientos y se vive del cálculo y de la farsa. Ya ha frecuentado algunos círculos, donde ha creído ver en cada personalidad una eminencia, y cuantas entidades cruzan ante sus ojos, las mira bañadas de una aureola, juzgándolas con el mudo respeto

que sentiria, al evocar las sombras de los héroes del genio.

Julio se envanece ya, con la tibia amistad de algunos poetas que descuellan entre la multitud de hijos, nietos, y viznietos con que cuenta la musa española, en la capital de España. Algunos de ellos recuerdan aun, la lozana inspiración de sus primeras emanaciones poéticas. Pocos, muy pocos le celebran sus producciones, porque el don de la ingenuidad no se ha hecho estensivo todavía á las almas vulgares, y el demonio de la envidia, agosta las mejores flores del entendimiento.

Guiado por un compañero de hospedaje, tuvo entrada una noche en el centro de una sociedad escogida, que acudia al aroma de un *the artistico-literario*. Esta planta descubierta recientemente estrecha las distancias que separan á los sabios y los une pasajeramente, ofreciéndoles ocasión de ocupar la atención de los demás con los frutos de su ingenio. A petición de la señora de la casa, Julio leyó un romance anacreóntico donde la forma se hallaba subordinada á las ideas, el cual fue muy aplaudido por los mismos que convirtieron despues la sala de fumar en gabinete anatómico para despedazar verso por verso la poesía-cadáver del neófito.

Cuando Bravo terminó su lectura, cuatro brazos que partían de distintas direcciones, vinieron á posarse en sus espaldas aprisionando su cuerpo. Eran los de Pastor y Mejía, antiguos camaradas de Julio que no sospe-

chaban siquiera su aparición, y los cuales le colmaron de elogios, placeres y caricias.

Hé aquí, se dijo el jóven, cómo se empiezan á realizar mis sueños.

Los tres amigos se abrazaron nuevamente; trajeron á la memoria los alegres días de sus primeros años, y Julio escuchó, presa del asombro y la admiración, la historia de las glorias literarias de ambos campeones de las letras, relatadas con vivos colores cada una de ellas por su eminente protagonista.

Terminó la sesión del *the* superabundante en trozos de destrozada música clásica, y sobre todo en aluviones de poesías que dieron de sí una rica cosecha de palabras huecas y sonoras, celebradas con desbordados aplausos por los *jaleadores* obligados de la *soiree*, y antes de despedirse Julio de sus amigos quedó concertada para el día siguiente la lectura de su comedia, encomendada ya en la reunión insidiosamente, merced á las insinuaciones y pronósticos de la amistad indiscreta de Pastor y Mejía, y á cuyo conciliábulo ofrecieron asistir, á ruego de los mismos, varios *conocidos* y *apreciados* escritores que se dignaban acoger venébolamente al modesto autor *sin nombre* de una primera obra.

(Se continuará.)

DIRECTOR Y EDITOR RESPONSABLE, D. JOSE GASPÁR,
IMPRENTA DE GASPÁR Y ROIG, EDITORES, MADRID, PRINCIPE, 4.